

*Mi Buenos Aires querido*

Cíntia Moscovich

Traducción: Joana Videira Álvarez, 2018

Quizás una de las vistas más bellas para quien llega sea la que se tiene donde las avenidas Santa Fe y 9 de Julio se besan. La 9 de Julio, *la más ancha del mundo*<sup>1</sup>, debe ser cruzada en tres etapas, con pausas en los semáforos instalados en las macetas centrales, dejando pasar el desfile de coches y buses. En la época de la infancia, cuando mi padre reunía a toda la familia para visitar *la gran ciudad*, cruzar 9 de Julio equivalía a tener acceso a las delicias de la confitería Jockey Club y a presenciar las procesiones de Ford Falcon. Todos rotos. Por motivos oscuros, los mismos que hacen que, aún hoy, rueden los falcons, se consideró adecuado bautizar con nombres diferentes las dos pistas que flanquean la vía principal de la Avenida 9 de Julio: la Carlos Pellegrini, de un lado y, en el lado opuesto, la Cerrito. Las tres etapas a las que deben obedecer los peatones corresponden, por fuerza de la lógica, a estas divisiones muy arbitrarias o que, cuentan los mayores, corresponderían a los antiguos nombres de calles que allí existían y cuyos edificios fueron aniquilados para facilitar el flujo de la civilización. *¿Quién lo puede decir?* Para el visitante, lo mejor es considerar el conjunto como un todo homogéneo y peligroso. La Avenida 9 de Julio, la que tiene nombre y dos apellidos. *La más larga del mundo*.

Como el bus venía por la avenida del comercio caro y, sobre todo, de venerables edificios que es la Santa Fe, di media vuelta y enterré los ojos en la ventana, preparándome para el momento nervioso y urgente. Las dos novias se besaron y el obelisco de 9 de Julio, para celebrarlo, apareció al fondo en fulgor blanco para, justo después, esfumarse en una imagen barrida. Un beso robado. La familiaridad con la concupiscencia de esas calles y avenidas siempre me ha sido esencial para entender el alma porteña. Y la familiaridad con la concupiscencia de sus habitantes también.

Aquella semana no habría ni tiempo ni ánimo para las incursiones turísticas. Por lo tanto, traté de contentarme con la visión del encuentro amoroso al que había tenido derecho en la llegada y a dedicarme a tiempo completo al curso impartido en la Facultad de Medicina. Era un martes y yo ya había pasado todo el día con pipetas, tubos de ensayo, mecheros de bunsen, microscopios, un ordenador medio loco y un lío de prosodias. Lo que más deseaba era un *bife de chorizo con papas naturales en la parrilla al carbón* cerca del hotel. Ay, que me moría por comer un bife de chorizo, el trozo de carne alta, rodeado por una tira de grasa, las marcas de la parrilla grabadas a fuego. Todo el personal que trabajó hasta aquella hora en el departamento de microbiología estaba

---

<sup>1</sup> Se marca en cursiva cuando aparece castellano en el original.

exhausto y el mayor desgaste había sido causado, sin duda, por las tres lenguas habladas a lo largo del día - el portugués, el español y el derivado cojo de ambas, el portuñol. Las dos compañeras brasileñas que estaban conmigo e intentaban hacerse comprender en aquello de pedir un pueco-de-cueca-cuela-en-un-cuepo<sup>2</sup> tenían otros planes. Querían porque querían asistir a un espectáculo de tango. Que ellas me perdonen, pero un espectáculo de tango ni en veinte reencarnaciones. Las dos podían ir, había, por lo menos, unas treinta casas de espectáculos, podían coger un taxi, podían contratar los servicios de guía-lleva-y-trae, podían hacer lo que quisieran y lo que les apeteciera. Pero yo sí que no iría.

—Pero nosotras no hablamos español —argumentó una de ellas.

¿Y era necesario hablar español para ir a un espectáculo de tango? Intenté explicar que no había misterio, los taxis eran de fiar, los servicios de transporte de las casas nocturnas eran eficientes. Todo se puede hacer en Buenos Aires, siempre que se tenga cuidado. Como en cualquier capital. Lo que no se puede, por ejemplo, es hacer caminatas a las dos de la mañana en los bosques de Palermo, como tampoco se puede hacer en el Parcão de Porto Alegre, en el Parque Ibirapuera de São Paulo, en el Central Park de Nueva York o en el Bois de Boulogne de París. Se lo expliqué bien explicado. Incluso ante de la argumentación transfronteriza, que me sorprendió hasta a mí, las dos me asaltaron con la más baja de las extorsiones:

—¿Y el placer de la compañía?

En el tiempo de una ducha ya estábamos en el taxi, rumbo a San Telmo. Me había instalado en el asiento delantero, al lado del conductor y, así, pude acompañar el trayecto con atención, desde la puerta del hotel, en Maipú. El coche *negro-amarillo* nos alejaba de las cercanías de Córdoba, de Lavalle y de Corrientes, dejando atrás, sin alarde, las zonas más familiares. Nadie ignora que el Sur comienza del otro lado de la Rivadavia. Las dos chicas desatienden aquella frontera mágica, instituida por la fantasía y, sin aviso, entramos todos en el *Sur*, o secreto núcleo de Buenos Aires, que no tiene nada que ver con el centro pomposo enseñado a los turistas.

*La Ventana, a janela*<sup>3</sup>. Justo en la entrada, el cartel anunciaba *la prestigiosa cantante María del Carmen con su voz maravillosa*. Yo, que heredé de mi padre la convicción de que después de Virginia Luque todo lo demás era *boludez*, me dispuse a pagar para ver. No les dije nada a las compañeras, ya que ellas ni siquiera miraron el cartel. Cenamos alguna cosa sosa, bien pagada, eso sí. La botella de vino aún se quedó en la mesa. Observé la turistada con las ropas habituales y la cháchara en tono de gritería. Todos esperaban el espectáculo. Como no me pareció importante, no

---

<sup>2</sup> La traducción sería: un poco de coca cola en un vaso.

<sup>3</sup> Como en el original. *Janela* significa ventana en portugués.

avisé a mis amigas de que la mayor atracción aún estaba en las mesas de la platea. Bostecé justo cuando los movimientos del escenario empezaron.

El primero en ocupar su lugar fue el bandoneonista, un sujeto de edad vaga pero que, con cierto margen de acierto, pude atribuir unos treinta años de tango. Vinieron el violinista y el pianista, todos con la misma edad imprecisa, todos con trajes negros, camisas blancas, corbatas rojas, el pelo abotonado de gomina y barniz en los zapatos de punta fina. Cada uno, a su tiempo, saludó al público con una reverencia corta y cansada. El pianista, después de un giro al taburete, instaló los dedos sobre las teclas. El violinista apoyó el mentón en la preciosa caja de madera, cogió el arco y lo apoyó en las cuerdas. Todos a la espera de alguna seña secreta. El bandoneonista se puso un trapo sobre la pierna y apoyó allí el fuelle, calzando el puño izquierdo en la correa junto a los botones. Con la otra mano, acompañada de un meneo de cabeza —la seña secreta que no era tan secreta—, invitó a los compañeros para el tango. Su pie derecho y el del violinista marcaron el compás binario. El bandoneón sopló, llenando la sala de lamentos. Reconocí los tres acordes iniciales: *Mi Buenos Aires querido*. Ay, después de Virginia Luque, ¿quién se atrevería?

María del Carmen entró en el pequeño escenario agarrada al micrófono, alargando, como convenía, los íes de *mi* y de *querido*. Fue en la *i* de *querido* donde pude apreciarla mejor. La sílaba se alargó en un falsete que, confieso, como casi todo lo confesaré, me ató los sentidos. El piano y el bandoneón temblaron en nuevo llanto, seguidos con rigor por el violín, y los tres prepararon un colchón para que María del Carmen se entregara. *Cuando yo te vuelva a ver* y se posicionó, finalmente, en la posición de honor, en medio del escenario, lamida por el haz de luz. Se me fue el aliento, la vida se me vino y pensé que aquella diosa había nacido para los trinos. Los cabellos nigérrimos presos por un ancho peine, el vestido escarlata resbalando por el cuerpo esbelto, las piernas de pura carne entrevistas en las anchas aberturas laterales, cubiertas por la sutileza de las medias negras, los pies rematados por zapatos de tacón. *El farolillo de la calle en que nací fue sentinela* [sic] *de sus promesas de amor*. La mano derecha empuñaba el micrófono junto a la boca, la mano izquierda se abría, dramática, cerca del rostro. Preciosa, resbalando por el escenario, fustigando el aire con el hilo del micrófono, revolviendo el dolor porteño de todos los tiempos. *No habrá más penas ni olvido*. Otra vez, la *i* de *olvido* se perpetuó y, cuando el aire se agotó, soltó los dos brazos delante del cuerpo y se dobló por la mitad, anticipando el agradecimiento al aplauso que vendría. La platea aplaudió. No contuve el impulso y me puse en pie, gritando mi admiración:

—¡Bravo, Carmencita!

Carmencita buscó, con la mano en pala para protegerse del foco, la fuente de tan calurosa felicitación. Estiré los dos brazos y ofrecí mi minúscula y solitaria ovación. Las dos compañeras tiraron de mí para que me volviera a sentar, ¿en qué estaba pensado?, ¿y qué intimidad era aquella

con la cantante? Me serví vino. Ellas no sabían que estábamos en el *Sur, tierra querida*, ancestral de todas las pasiones. Ellas no sabían más que de protozoarios en un microscopio. La virtuosa susurró *buenas noches* al micrófono y presentó a los compañeros de la típica. Yo no podía quitar los ojos de aquella diva y, mucho menos, la mano de la copa. Carmencita, Carmencita. Una vez más, un haz de luz, ahora amarillo, doró a la cantante. *Las tardecitas de Buenos Aires tienen ese que sé yo, viste?* No, ella no haría eso, después de Amelita Baltar, ¿quién más cantaría la *Balada para un Loco? Salgo de casa por Arenales, lo de siempre en la calle y en mí*. Sí, ella se lanzaba a la balada, trapecista en un salto mortal sin red y la única seguridad que tenía era la queja del bandoneón. Piazolaba. Llegué a olvidar el vino y me emborraché de ella. Otros cuatro números y se curvaba con medida, compartiendo los aplausos con los músicos. No me levanté con miedo del reproche de mis amigas, aunque, no lo dudaba, Carmencita merecía otro bravo que yo le pudiera regalar. Las luces se encendieron para que los trabajos de la cocina no cesasen. No me lo creí cuando la vi caminando en mi dirección.

—¿Me vas a invitar a una copa?

Claro que le pagaba una bebida, barriles, toneles de lo que ella quisiera. Hizo una señal con la mano blanca, apuntando hacia la botella de vino. Me hice con otra silla, otra copa y otra botella, bajo la mirada estupefacta de mis compañeras. Carmencita se sentó a mi lado, encendió un cigarrillo e inclinó los grandes pechos sobre la mesa, soltando una bocanada hacia mí. Desvié la mirada del escote, fingiendo que esquivaba el humo. Busqué conversación le dije cuánto, yo y mis compañeras, habíamos disfrutado. *Muchísimas gracias*, contestó ella, como si estuviera acostumbrada a los elogios. Y, como yo necesitaba conversar, le hablé a Carmencita - ¿la podía llamar así, no? - del curso que estaba haciendo, de mi pasión por los bonaerenses y, sobre todo, cómo me había impresionado lo que había escuchado. Ella, modesta, dijo que era una *tontería* compararla con Virginia Luque o Amelia Baltar. Ay, pero yo sabía que ni Virginia, ni Amelita, ni Libertad, ni Eladia, ni nadie tenía aquella furia en la mirada. *Solamente Carmencita*.

La casa ya se había vaciado y los camareros retiraban los restos de la noche. Mis compañeras insistieron para que nos fuéramos. ¿Sería posible que no se hubiesen dado cuenta que estaba hablando con Carmencita? ¿Y qué que el curso seguía al día siguiente? Ellas podían irse, había una cola de taxis afuera, les aseguraba. Las dos, que no entendieron mi interés por la tanguera, se resignaron y fueron a buscar un taxi en la calle y buenas noches, que vaya bien<sup>4</sup>. Quedamos yo y Carmencita. *Un ratito más y tenemos que irnos*, aconsejó, secando la tercera botella de vino. Sí,

---

<sup>4</sup> En el original: “bons céus, longe de mim”

accedí, nos quedaríamos solo un poco más. El poco más pasó como pasa el tiempo para los encantados. Así, ella me invitó a tomar un café con *medias lunas*.

El *cortado* en el bolicho de al lado me recompuso del leve mareo. Ella compensó el desgaste del espectáculo con dos trozos de fainá, los de exposición del mostrador, y otro vaso de vino. Hasta las diosas tenían que comer, pensé, y así, no me importó la ferocidad con la que ella se entregó a la cena. Insistí en pagar, mientras Carmencita se retocaba los labios en el *caballeros*. El *damas* tenía el aviso de *no funciona*. Salimos. Carmencita me conducía por las callejuelas. El frío que venía de todos los rincones era casi insoportable y ella me abrazó, ofreciendo abrigo. Yo había perdido la noción de las horas, pero el claro gris del día ya se anunciaba. Llegamos al portal de una casa, vieja como son las casas del *Sur*. Sí, yo quería entrar. A la que cerró la puerta vino para un beso, tragándome con la misma voluptuosidad con la que castigaba los mordentes. Y, con la misma pasión con la que entonaba el tango, con la misma lascivia de los muslos en el bailado, con la misma avidez de los gestos junto al rostro, con la misma lujuria de la boca carmín en el micrófono, Carmencita me hizo amor. Ella era todo lo que sus ojos prometían.

Al día siguiente, llegué tarde al curso. Mis compañeras querían saber qué había pasado. No se lo expliqué, no se lo explicaría jamás. *Las tardecitas de Buenos Aires tienen ese qué sé yo, ¿viste?* Y, así, a las seis de la tarde, salí corriendo de la facultad, cogí el metro y bajé en 9 de Julio con Corrientes, allí, bien allí, en la esquina cero. Caminé, volé, del obelisco hasta la Santa Fe, prefiriendo el lado de la Carlos Pellegrini. Más que nunca en mi vida, amé Buenos Aires y aquellos lugares desesperados, con la certeza de que la ciudad y sus puntos cardinales enloquecidos eran el centro de algún universo, aquel que solo entonces yo descubría. En la esquina donde las dos avenidas se besan, estaba ella, *hermosa*, el pelo revoloteando en la *sudestada*, el cuerpo oculto por *un tapado gris*. Ella corrió hacia mí y reproducimos el beso que se dan las dos avenidas de mis encantos.

La 9 de Julio se estiró febril para nuestra marcha y, en la esquina con la Lavalle, la confitería Jockey Club nos lanzó una mirada lúbrica. Apreté más fuerte la mano de Carmencita y cruzamos la 9 de Julio, parando, con cuidado, junto a los semáforos. Por fin, nos sentamos en el Tortoni y pedimos dos *cortados*.

Carmencita frente a mí y, a sus espaldas, Rivadavia.